

IMPRIMIR

EL REGRESO

HEINRICH HEINE

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

I

¡Ay! en mi vida ha brillado
Una imagen de ventura;
Mas la imagen se ha borrado,
Y otra vez abandonado
Camino entre noche oscura.

Al niño llena de espanto
La sombra con sus horrores,
Y alza en su miedo su canto,
Para esconder bajo el manto
De su canción sus temores.

Yo también, niño inocente,
Canto entre la sombra fría:
Si en mi voz no hay armonía,
Borra, al menos, de mi frente
La negra melancolía.

II

No sé lo que decir quiere
Esta sombría tristeza;
Ha y un cuento muy antiguo
Cuyo recuerdo me apena.

Es fresco el ligero viento;
La noche sombría llega;
El Rhin corre silencioso,
Y los picos de la sierra
Devuelven del sol poniente
Las claridades postreras.

En la altura está sentada
La más hermosa doncella;
Fulguran sobre su cuerpo
Doradas y ricas telas,
Y peina sus rizos de oro
Con sus manos de azucenas.

Con rico peine de oro
Peina su áurea cabellera,
Mientras en sus labios rojos
Alegre canción resuena,
Canción de extraño prestigio
Y melodías siniestras.

En su barca, el marinero
Siente inconsolable pena;
No ve los golfos traidores,
No ve las traidoras peñas;

Ve sólo la hermosa virgen
Sentada sobre la sierra.

Yo creo que, al fin, las ondas,
Marino y barca ligera
Se engulleron y llevaron
A sus sombrías cavernas,
Y que fueron el motivo
De aquella desdicha inmensa
De Loreley las canciones
Melodiosas y siniestras.

III

Mi corazón está triste,
Tengo el corazón cansado,
Aunque en el cielo fulguran
Los resplandores de mayo.

Melancólico me apoyo
Sobre un tilo solitario
De la desierta explanada
En el recinto plantado.

Silencioso, azul, tranquilo
El río corre allá abajo;
Un niño sobre una barca
Recorre su caudal manso,
Una canción melancólica
Indiferente silbando.

Más allá de la corriente,
De la corriente a otro lado
Se unen en bello conjunto
Los jardines, los palacios,
Y los hombres y los bueyes,
Y la enramada y los prados.

Extienden dos lavanderas
Ante el sol sus lienzos blancos,
Y del agua del molino,
Que el sol convierte en topacios,
Hasta mis tristes oídos
Llegan los ecos lejanos.

Se alza una garita encima
De un torreón agrietado,
Y un guardia, con rojo traje,
Sobre el glácis solitario
Va y viene con paso lento,
Viene y va con lento paso.

Con el fusil se entretiene,
Que brilla ante el sol dorado.
Presenta el arma luciente,
La extiende hacia mí apuntando:
¡Quisiera que me tendiese
De un tiro, muerte en el acto!

IV

Cruzo llorando la floresta umbría:
El tordo entre las ramas
Canta con dulce voz:-«¿Por qué tan triste,
Tan triste está tu alma?»-

-«Te lo dirán las negras golondrinas,
Las negras golondrinas tus hermanas;
Ellas que hicieron sus pequeños nidos
En los balcones de mi dulce amada..»-

V

La noche es húmeda y fría;
Silba con furor el, viento,
Y no brillan las estrellas
Sobre las playas del cielo.
Bajo los árboles altos
Que bate el soplo del cierzo,
Por el fondo de la selva
Voy caminando en silencio.

Fulgura una luz lejana,
Una luz brilla a lo lejos,
Pero hacia el sitio en que brilla
No me lleva su reflejo:
Hay tal tristeza allá abajo,
Que invade mi mente el miedo.

La abuela anciana, sentada
Está en su sillón de cuero;
Siniestra como una estatua
De granito, del silencio y
Ni una palabra tan sólo
Murmuran sus labios secos.

El hijo del guardabosque,
Mozo de rojos cabellos,
Por la estancia se pasea:
Cuelga su fusil del negro
Muro, o insolente ríe
A carcajadas, colérico.

La bella hilandera llora;
Mojan el cáñamo seco
Sus lágrimas: a sus plantas,
Aullando, se tiende el perro
Que un día siguió los pasos
Del anciano padre muerto.

VI

Cuando a mi regreso encuentro
La familia de mi amada,
Alegres me reconocen
Sus padres y sus hermanas.

Por mi salud me preguntan,
Y me dicen que mi cara
Está lo mismo, tan sólo
Con la calor más quebrada.

Yo pregunto por las tías,
Por las parientas lejanas,
Y hasta por aquel cachorro
Que dulcemente ladraba.

Pregunto también por ella,
Con otro ¡cielos! casada,
Y que ya recién parida
Me dicen, ¡oh Dios! se halla.

Les felicito, y sonrío,
Mientras mi voz les encarga
Le hagan presente el saludo
Y la efusión de mi alma.

Dice en tanto la hermanita:
-«Creció el perro, le entró rabia,
Y fue necesario entonces
Del Rhin arrojar al agua.»-

Se parece la pequeña
Cuando sonríe a su hermana,
Y tiene los mismos ojos
Que mi desventura labran.

VII

Del pescador sentados en la ruinosa choza
Mirábamos atentos el azulado mar;
Las brumas de la tarde en las alas de la brisa
El cielo recorrían en su carrera audaz.

Las aguas, poco a poco, de la llanura inmensa
Los faros alumbraron con su indecisa luz,
Y rápido en las sombras de la extensión lejana
Cruzó un bajel ligero por la llanura azul.

Hablamos de tormentas y hablamos de naufragios
Hablamos del marino y de su vida audaz,
Vida que airadas mecen las aguas y los cielos,
Vida en que marchan juntos el goce y el pesar.

Hablamos de países lejanos y remotos
Del Sur y el Norte frío, y llenos de interés,
Hablamos de los hombres que pueblan tales climas
De sus costumbres raras, de su ignorado ser.

Hay junto al Ganges sacro, aromas y fulgores,
Gigantes arboledas alumbrando el claro sol,
Y hermosos hombres clavan en tierra sus rodillas
Y al loto azul adoran con santa devoción.

Son los lapones sucios, pequeños y asquerosos,
De bocas no medidas y de aplastada sien.
Al fuego se calientan y cuecen su pescado,
É imbeciles y necios golpéanse después.

Oíannos las jóvenes son gravedad profunda,
Y al cabo en el silencio perdióse nuestra voz;
Había ya la nave de nuestra vista huido,
Y el cielo no alumbraban ni un astro ni un fulgor.

VIII

Trae, hermosa pescadora,
Tu navecilla a la playa;
Siéntate, niña, a mi lado;
Tu mano a mi mano enlaza;

Esconde sobre mi pecho
Tu cabecita adorada;
Tú que sin pavor tu vida
Confías a la mar brava.

Mi corazón, cual los mares,
Tiene escollos y borrascas,
Pero duermen en su fondo
También perlas argentadas.

IX

Se eleva la triste luna
Iluminando las aguas;
Entre mis brazos estrecho
Con mi pasión a mi adorada,
Y nuestros dos corazones,
Presa de amorosas ansias,
Laten juntos, confundiendo
En una sola dos almas.

En los brazos de la hermosa
Descanso solo en la playa.
«¿Qué crees tú escuchar del viento
en la voz que suena airada?
¿Por qué estremecida tiembla
Tu pequeña mano blanca?
La canción y las plegarias,
De las vírgenes marinas,
De mis perdidas hermanas
Que no hace mucho tragaron
Del mar las ondas amargas.»

X

El viento su trompa suena;
La tromba con rudos golpes
Azota las verdes ondas,
Que a su castigo responden
Con aullidos lastimeros
Y con mugidos feroces.

Desde las nubes sombrías,
Torrentes de lluvia corren;
Parece que entre el concierto
De inarmoniosos acordes
Al viejo Océano quiere
Tragarse la vieja Noche

Sobre el mástil la gaviota
Detiene su vuelo torpe,
Dando gritos lastimeros
Que el éter surcan veloces.
Nuevas angustias le agitan,
Y a presagiar se dispone
Otro duelo y otras penas
Y otras desdichas mayores.

XI

La tempestad se mece juguetona
Y gruñe, y ruge y canta.
Terriblemente alegre está la noche,
¡Cómo el bajel sobre los mares danza!

Rompiendo el mar sus líquidas cadenas,
Como viviente monte se levanta;
Aquí se abre un abismo,
Cual blanca torre allí las ondas se alzan.

Bajo cubierta escúchanse gemidos,
Gritos y maldiciones y plegarias;
Yo atado al fuerte mástil digo en tanto:
-¡Oh, quién se viera en mi segura casa!

XII

Llega la noche; la bruma
El mar cubre con su manto;
Murmuran las verdes ondas
Con ecos dulces y extraños,
Y una sombra se levanta
Sobre el mar abandonado.

Es el hada de los mares
Que abandona su palacio:
En la solitaria playa
Se sienta amante a mi lado;
Sus blancas espaldas brillan
Entre velos mal cerrados.

Me abraza tierna, y me estrecha
Con tal ardor en sus brazos,
Que sus caricias amantes,
Casi, casi me hacen daño:
«Hada hermosa de los mares,
Me estrechas ¡ay! demasiado.

Si mis brazos te aprisionan,
Si con tal ardor te abrazo,
Es que quiero cobrar vida
Con tus besos abrasados;
Está la noche tan fría
Que tengo mi cuerpo helado.»

La luna sobre las nubes
Asoma su rostro pálido.

«Hada hermosa de los mares,
Tu mirada se ha turbado,
Y están tus ojos tan húmedos
Cual si los mojará el llanto.

- No están mis ojos, bien mío,
Más húmedos ni turbados;
Es que al salir esta noche
De los abismos amargos,
Una gota de las ondas
Pendiente quedó en mis párpados.

Las gaviotas en el viento
Lanzan gritos de quebranto;
El mar se estrella rugiendo
Sobre los bajíos ásperos.
«Hada hermosa de los mares,
De los mares azulados,
Salvajes latidos mueven
Tu corazón agitado.

Mi corazón se estremece
Con latidos agitados,
Porque tanto yo te adoro,
Porque yo te adoro tanto,
Descendiente venturoso
De Adán, que mis pobres labios
Expresarte no podrían
Cuánto, mi bien, te idolatro.»

XIII

Cuando paso, mi bien, enamorado
Delante de tu casa,
Soy feliz si contemplo tu semblante
Brillar en tu ventana.

Con tus oscuros ojos me contemplas
Cual queriendo sondar tu corazón.
¿Quién eres? ¿Por qué sufres, extranjero,
Cuyo rostro la pena entristeció?

«Yo nací en Alemania, y soy poeta
En la tierra alemana conocido:
Cuando citan los nombres más gloriosos
Citan también el mío.

»Por lo que sufro yo, sufren, bien mío,
Muchos también en alemana tierra;
Cuando citan las penas más amargas,
Citan también mis penas.»

XIV

Del sol al último rayo
Fulgura la mar lejana,
Y sentados entretanto
Delante de la cabaña
Del pescador, silenciosas
Palpitaban nuestras almas.

Se alzó la bruma, é hincharon
Su seno las ondas claras;
Volando, el sereno ciclo
La gaviota cruzaba,
Y ví que tus llenos ojos
Vertían amantes lágrimas.

Las ví brillar en tus ojos
Y mojar tu mano blanca,
Y de amor desvanecido
Caí, mi bien, á tus plantas,
Apreté mis labios secos
Sobre tu mano nevada,
Y enamorado y demente
Bebí tus ardientes lágrimas.

Desde aquel funesto instante,
Desde aquella hora menguada,
Consumido está mi cuerpo
Y arde en deseos mi alma.
¡Aquella mujer hermosa
Me envenenó con sus lágrimas!

XV

Se alza un castillo del monte
En la elevada región;
Tres doncellas allí viven;
De las tres probé el amor.

Jetta el sábado fue mía,
Dióme Julia el corazón
El domingo, y Cunegenda
El lunes me acarició.

Sin embargo, grande fiesta
En la risueña mansión
De mis tres bellas amantes
El martes se celebró.

En caballos y en carruajes
A la alegre reunión
Galanes y hermosas damas
El vecindario llevó.

Pero yo por mi desdicha
No recibí invitación,
Y en verdad que os portasteis
Bien neciamente, por Dios.

Tías y primas mi falta
Comentaron con ardor,
Y al notar que allí no estaba
Todo el mundo se rió.

XVI

Del horizonte en el confín lejano,
Como capricho inestable de la bruma,
Ante la luz incierta del crepúsculo
La ciudad con sus torres se dibuja.

Un viento frío y suave mueve y riza
Del río azul la superficie turbia,
Y mueve mi patrón sus largos remos,
Que en el agua cansados se sepultan.

Aun una vez el sol con rayos de oro
El denso seno de la sombra cruza,
Y me muestra el lugar donde perdiera
Lo que adoró mi mente con locura.

XVII

Yo mi saludo con amor te envío,
Misteriosa ciudad altiva y grande
Que al dulce sér que mi memoria adora
No hace mucho en tus muros encerraste.

Hablad, torres y puertas y murallas:
¿En dónde está la que mi amor prefiere?
A vosotras dejéla confiada,
A vosotras os toca responderme.

No sois culpables, torres y murallas,
Que dejar no podíais vuestro sitio
Cuando la amada eterna de mi vida
Con su equipaje abandonó el recinto.

Sí; de las puertas fue la culpa entera,
Que partir la miraron en silencio,
Y que abiertas de asombro y de sorpresa
La hermosa loca que escapaba vieron.

XVIII

El camino de otras veces
Otra vez la misma senda,
Otra vez cruzo por calles
Que mi memoria recuerda.
Regreso de aquella casa
Donde vivió mi hechicera,
Hoy abandonada y triste
Como noche sin estrellas.

¡Qué pavimento tan duro!
¡Qué calles, ay, tan estrechas
Me parece que las casas
Mi cuerpo aplastar desean,
Y apresurado me aparto
Para escapar con viveza.

XIX

A la estancia llegué donde ella un día
Juró ser fiel a mi cariño siempre:
Allí donde sus lágrimas corrieron
Miré arrastrarse venenosas sierpes.

XX.

Es silenciosa la noche,
Están las calles en calma;
Esta es la mansión hermosa
Donde vivió mi adorada:
Mucho tiempo hace que ella,
La ciudad abandonara.
Pero su casa en el mismo
Lugar misterioso se alza.

¡Es extraño! de Pie un hombre
Hay delante de la casa;
Sumerge en el ancho cielo
Sus expresivas miradas,
Y con amargos trasportes
Retuerce sus manos flacas.
Yo mirándolo suspiro;
Ante la luz argentada
De la luna, que del cielo
Surca las azules playas,
Que yo soy aquella sombra,
Ha conocido mi alma.

¡Sonámbulo compañero!
¡Triste espectro! ¡sombra pálida!
¿Por qué imitas de tal modo
Las hondas penas amargas
Que tantas y tantas noches
En horas desventuradas
En estos mismos lugares
Mi corazón desgarraran?

XXI

Dí, ¿cómo puedes descansar tranquila
Sabiendo que yo aún vivo?
Mi cólera dormida se despierta
Y destrozar mi yugo necesito.

¿Oíste alguna vez la canción vieja?
Era un amante muerto;
El buscó a media noche a su adorada,
Y la arrastró a su tumba torvo y fiero.

Créeme, niña del semblante hermoso,
Hermoso cual ninguno,
Aun vivo y soy más fuerte que entre todos,
Todos los muertos juntos.

XXII

La niña duerme tranquila
Y en su habitación descansa;
Vierte la serena luna
Melancólicas miradas,
Y afuera entretanto suenan
Ecos de voces que cantan,
Y aires de valeses ligeros
Y melodías y danzas.

Por conocer a los músicos
Yo me asomo a la ventana;
Un esqueleto es quien toca
El violín, y quien danza.
«Bailar conmigo no ha mucho
Me prometiste, mi amada;
Ha pasado mucho tiempo
Y has faltado a tu palabra.
Esta noche se celebran
En el cementerio danzas;
Ven y danzaremos juntos,
Ven ¡mi bien! que nos aguardan.»

Un espantable deseo
A la hermosa niña embarga,
Y de su mansión segura
Le hace salir desalada.
Al amarillo esqueleto
Sigue que delante marcha,
Y con contorsiones hórridas
Toca el Violín y danza.

Toca el violín sonoro,
Canta loco, ríe y salta,
Y crujen sus blancos huesos
Con un sonido que espanta.
Y aquí y allá saludando
Con reverencias forzadas,
Se inclina su cráneo blanco
Que la luna solitaria
Ilumina con sus luces
Melancólicas y heladas.

XXIII

Sumergido y abismado
En mis locas fantasías
Su retrato contemplaba,
Y ví que el rostro adorado
Como en ya perdidos días
A moverse comenzaba.

Sobre sus labios de rosa
Fulguró aquella sonrisa
Que ahuyentaba mis enojos,
Y brillante y temblorosa
Una lágrima indecisa
De dolor brilló en sus ojos.

Yo también en mi amargura
Siento que copioso llanto
Mi semblante enflaquecido
Baña con triste dulzura;
«Yo no puedo, cielo santo,
Creer que ya te he perdido.»

XXIV

Atlas desventurado, un mundo de dolores
Tocóme en mi desdicha sobre mi sér llevar.
Yo llevo lo que nadie llevar sobre sí puede,
Mi corazón palpita, ya próximo a estallar.

¡Oh corazón, de orgullo y de miseria henchido.
¡Tú mismo lo quisiste, feliz quisiste ser!
¡Feliz como ninguno, o cual ninguno triste;
Y hoy la miseria misma llora tu pena al ver!

XXV

Soñaba yo: la luna sus fulgores
Tristes vertía sobre la ancha tierra:
Los astros fulguraban tristemente,
Y de mi sueño envuelto en las quimeras,
A la ciudad llegué, donde muy lejos
De mi amada trascurre la existencia.

Y mi sueño a su casa me conduce:
El mármol bajo yo de la escalera;
Piedras que tantas veces han sentido
De su pequeño pie la dulce huella,
Y el roce tembloroso de los bordes
De su vestido de crujiente seda.

Era la noche larga y triste y fría;
Frías también estaban ¡ay! las piedras,
Y en la ventana vi lucir, cual dulce
Divina aparición que el alma espera,
Por la luz de la luna iluminado,
El pálido semblante de mi bella.

XXVI

¿Qué quieres? ¿Qué pretendes,
Oh silenciosa lágrima
De mis antiguas penas
Sobre mis tristes ojos olvidada?

Tuviste dulce coro
De brillantes hermanas,
Que entre el viento y la noche
Huyeron con mis dichas no logradas.

Hasta mi amor dichoso
Huyó cual leve ráfaga.
Disípate a tu vez sobre mis ojos,
Melancólica lágrima.

XXVII

La luna melancólica de otoño
Del seno de las nubes se levanta;
Al lado del sencillo cementerio
La mansión del pastor tranquila se alza.

La madre lee la Biblia; el hijo, en tanto,
En la trémula luz los ojos clava,
Y la hermana mayor duerme en su asiento;
La más joven murmura estas palabras:

-«¡Oh Dios, qué aburrimiento! aquí es preciso,
Si algo nuevo han de ver nuestras miradas,
Que alguien sucumba y que a enterrarlo vengan!»
Sin dejar de leer, la madre exclama:

-«Te equivocas; tan sólo han muerto cuatro
Después que, por mi mal, en hora infausta
Murió tu pobre padre y le enterraron
Del cementerio próximo a la entrada.»-

La hija mayor bosteza: -«Yo no quiero
De hambre espirar rendida en esta casa.
Mañana iré casa del joven conde;
Es rico y bello y en amor se inflama.»-

De los labios del hijo brota entonces
Estridente y sonora carcajada:
-«Conozco -dice- yo tres cazadores
Que beben con frecuencia en la posada,
Oro saben hacer, y su secreto

Me enseñarán cuando a buscarles vaya.»-

La madre con furor le arroja el libro.
Que veloz va a chocar contra su cara,
Y dice: -«¡Condenado! ¿Ser pretendes
Un ladrón de la selva abandonada?»-

Entonces escucharon secos golpes
Lúgubres resonar en las ventanas,
Y una mano miraron misteriosa
Que al firmamento oscuro señalaba.

Era el pastor difunto, el padre muerto,
Cubierto de la túnica enlutada
Con que en lejano tiempo a los creyentes
La virtud y la dicha predicara.

XXVIII

Es el tiempo áspero y duro,
Silba el viento, y llueve y nieva;
En la ventana sentado
Miro atento las tinieblas.

Veo brillar solitaria
Una luz que marcha lenta:
Es una mujer anciana
Que cruza por la calleja,
Alumbrando su camino
Con la luz de su linterna.

Creo que de comprar viene
Huevos y leche y manteca,
Y hacer un pastel desea
Para su hija hermosa enferma.

La hija entretanto en la casa
A la amada madre espera,
Y sobre un sillón sentada
Melancólica contempla
Con ojos medio cerrados
La luz que vibrando tiembla,
Mientras que los bucles de oro
De su rubia cabellera
A su pálido semblante
Animado marco prestan.

XXIX

Creen que estoy muy afligido
Y que de amor moriré.
Al final, yo, como todos,
Lo comienzo ya a creer.

Niña de los grandes ojos,
Te lo dije veces cien,
Te adoro de tal manera,
Mi pasión tan grande es,
Que pintarte yo no puedo
Lo que en mi alma siento arder.

Pero es cuando yo estoy solo
Cuando habla así mi altivez;
Cuando estoy en tu presencia
Mudo reposa mi sér.

Mi boca entonces cerraba
Angeles males; tal vez
Por culpa de ángeles buenos
Y malos, mi pena fue.
Buenos y malos me hicieron
Tan desventurado sér.

XXX

Tus blancos dedos de lirio
Besar otra vez quisiera.
Contra mi pecho oprimirlos,
Y de mis delirios presa,
Derramando dulces lágrimas
Ver espirar mi existencia.

Tus grandes ojos azules,
Animadas violetas,
De día y noche, brillantes
Mis tristes ojos contemplan.
¡Eso mi desdicha labra!
¡Eso mi vida atormenta!
¿Qué significan, bien mío?
¿Qué significan, mi bella,
Esos enigmas azules
Que ante mi sér se despliegan?

XXXI

Los dos se amaban, mas ninguno quiso
Confesar a su amante su pasión,
Y cual dos enemigos se miraban,
Cercanos ambos a morir de amor.

Al fin se separaron; ya tan sólo
Alguna vez veíanse en sus sueños;
Mucho tiempo después murieron ambos,
Y apenas si ellos mismos lo supieron.

XXXII

Amigos, cuando un día
Os referí mis penas,
Callasteis sin decirme, de consuelo,
Una frase siquiera.

Mas cuando lindas coplas,
Versos de formas bellas,
Hice con mis dolores, me colmasteis
De elogios y alabanzas lisonjeras.

XXXIII

Al diablo evoqué, y el diablo
Fiel a la cita acudió;
Algo sentí ante su vista
Que oprimió mi corazón.
No es horrible y no cojea;
Es un hombre encantador;
Jovial, cortés, distinguido,
De grata conversación.
Diplomático acabado,
Con halagadora voz
Sobre el Estado y la Iglesia
Habla bien y sin pasión.
Su rostro está un poco pálido,
Pero no me sorprendió:
Estudia el sanskrito y Hégel,
Y su poeta es Klopstok.
No quiere mezclarse en críticas,
Y para siempre dejó
A Hécate, su noble abuela,
Esta enojosa misión.
Mis estudios de derecho
Alabó con raro ardor
El mismo, según me dijo,
Siendo joven lo estudió.
Díjome que no veía
En mi amistad gran valor;
Y al decirlo saludaba
Con cortés inclinación.
Después, con dulce sonrisa,
Atento me preguntó

Si nos habíamos visto
Otra vez cerca los dos
En los salones acaso
Del Delegado español.
Y en verdad, cuando más cerca
Vi su semblante traidor,
Un antiguo conocido
En él mi mente encontré.

XXXIV

No te burles del diablo. Nuestra vida
Es muy corta, y la eterna
Condenación del alma no es tan sólo
Una vulgar quimera.

Hombre, cuenta tus deudas, que la vida.
Es muy larga, y dinero,
Como ya lo tomaste tantas veces,
Aun otras muchas tomarás a rédito.

XXXV

Los tres Magos, monarcas del Oriente,
Preguntaban llegando a cada pueblo:
Decid, niñas y mozos, ¿dónde se halla
De Bethlem el sendero?

Ninguno lo sabía,
Ni jóvenes ni viejos.
Y seguían su marcha: los guiaba
De un astro hermoso el resplandor sereno.

Sobre la casa de José la estrella
Detúvose, y entraron en silencio;
Baló el buey, lloró el niño, y los Monarcas
Cantaron con dulcísimos acentos.

XXXVI

Niña mía, éramos niños
Jugueteros y traviosos,
Y jugando revolvíamos
La paja del gallinero.

Y «quiquiriquí» cantábamos,
Y tomaba el pasajero
Por la ronca voz del gallo
Nuestro juguetero acento.

Del corral las viejas jaulas
Cubrimos con paños nuevos,
Que quedaran convertidas
Así en salones inmensos,
Y allí dimos reuniones
Llenas de lujo soberbio.

La vieja gata vecina
Llegaba con paso lento;
Y nosotros recibíendola
Con corteses cumplimientos,
Por su salud preguntábamos
Con ceremonioso afecto.
¡Cuántas veces en el mundo
Después, y pasando el tiempo,
Con alguna vieja gata
Otro tanto no hemos hecho!

Después sentados hablábamos
Como personas de seso,

O nos quejábamos tristes
Con acento plañidero.
¡Cuánto mejor, niña mía,
Era aquel dichoso tiempo!

Fe, amor, lealtad, ¡del mundo,
Cuán veloces, ay, huyeron!
¡Cuán caro el café hoy se vende!
¡Que raro es hoy el dinero!

Pasó ya la infancia hermosa;
Todo lo arrebató el tiempo,
Amor, mundo y esperanza
Y lealtad y dinero.

XXXVII

Está mi pecho oprimido,
Y mi mente, que vacila,
Piensa triste y silenciosa
En mis ya pasadas dichas.
¡Qué bello el mundo era entonces,
Y qué agradable la vida!

Hoy, ¡qué desorden! ¡que ruido!
¡Qué confusión! ¡qué anarquía!
Dios en la celeste altura
Murió tras larga agonía,
Y muerto yace el demonio
En esta tierra maldita.

Todo está embrollado y frío,
Todo tristeza respira;
Sin el germen amoroso
Que aun en nuestro pecho anida,
Nada, á no dudarlo, nada
En el mundo quedaría
Donde reposar un punto
Pudiera el alma tranquila.

XXXVIII

¡Cómo el crespón de las nubes
La blanca luna atraviesa!
Así desde el fondo oscuro
De mis recuerdos se eleva
Deslumbrante, ante mis ojos,
Una mujer hechicera.

Sentados en el castillo
De una embarcación ligera,
Navegamos Rhin abajo,
Y del río las riberas
Que el estío engalanara
Brillan a la luz postrera
Del sol, que al ganar las cumbres
De luces claras las llena.

Sentado estoy pensativo
A las plantas de una bella;
Sobre su semblante pálido
Misterioso juguetea
Un rayo del sol poniente
Que enamorado la besa.

Se escuchan alegres cantos,
Dulces laúdes resuenan,
Y más azul brilla el cielo
Y se ensancha mi alma entera.

Pasaban como visiones
Ante las miradas nuestras

Los castillos, las montañas,
Los bosques y las praderas.
Y yo como en claro espejo
Contemplaba aquella escena
Reflejarse en las pupilas
De mi hermosa compañera

XXXIX

En sueños miré a la hermosa
Encanto del alma mía;
Estaba triste su rostro,
Era una pobre mendiga,
Y su cuerpo, que las joyas
Adornaran otros días,
Hacia el suelo se inclinaba
Como débil flor marchita.

A un niño daba la mano
Y otro en sus brazos traía;
Sus pasos y sus miradas,
Las ropas que la cubrían,
Todo anunciaba miseria,
Sufrimiento y agonía.

Cruzaba con paso incierto
El mercado de la villa:
Allí la encontré; buscaron
Mis pupilas sus pupilas,
Y mirando su miseria
Le dije con voz tristísima:

-Ven a mi casa conmigo;
Enferma estás, pobre niña;
Mi trabajo y mis desvelos
Te darán traje y comida.

Cuidarlos también deseo;
Que esos dos niños te sigan.

¡Mas tú eres antes que todos,
Pobre y desdichada niña!

Del amor que por tí tuve
No te hablaré mientras viva,
Y cuando por fin termine
Tu melancólica vida,
Yo derramaré mis lagrimas
Sobre tu tumba sencilla.

XL

¿Por qué cantar, amigo, a todas hora
Idéntica canción?

¿Quieres siempre vivir acurrucado
Empollando los huevos de tu amor?

Es eterna tarea. Los polluelos
Rompen su cascarón,
Pían y brincotean, y en tu libro
Tú enjaulándolos vas con loco ardor.

XLI

No seáis impacientes, si es que acaso
De mi dolor antiguo los acentos
Aun suenan misteriosos
De mis nuevas canciones en los ecos.

Esperad; disipada de mis penas
La tierna queja arrastrarán los vientos,
Y nueva primavera
De poesía alumbrará mi pecho.

XLII

De renunciar por fin llegó el instante
A mis sueños de dicha que hoy son penas;
Cansado estoy de hacer ante mí mismo,
Como comprado histrión, torpe comedia.

Al estilo romántico pintadas,
Cercábanme decoraciones regias,
Flotaba manto de oro en mis espaldas,
Y en mi mente fantásticas quimeras.

¡Ay! Hoy que sabio soy y mi alma sabia
Renuncia al fin a sus locuras tiernas,
Tan infeliz me siento a todas horas,
Cual si aun no terminara la comedia.

Y es ¡oh Dios! que en la sombra y sin saberlo,
Sin darme de mi mal clara conciencia,
En mi papel de gladiador herido
La fría muerte me abrazó de veras.

XLIII

Wiswamitra el monarca, sin descanso,
Soporta firme las torturas todas;
La vaca del pontífice Wasischta.
Quiere ganar con penitencias locas.

¡Oh Wiswamitra, cuán imbécil eres!
¿Tanta fatiga y penitencias tantas,
Tantos apuros y vigilia y duelos,
Todo por una vaca!

XLIV

¡Oh corazón! domina tu tristeza,
Soporta fuerte tu destino adverso;
Vendrá otro abril y te dará la dicha
Que te robó el invierno.

¡Y cuántos bienes aun guarda la tierra!
¡Es el mundo tan bello y es tan grande!
Y después, corazón, adorar puedes
Aun todo aquello que a tu mente agrade.

XLV

Tú eres como una flor: eres tan pura
Tan graciosa, tan bella...
Mi corazón, cuando te miro, invade
Melancólica pena.

Y me parece que poner mis manos
Debía en mi cabeza,
Y a Dios rogar que te conserve siempre
Tan graciosa y tan bella.

XLVI

Niña, desde que te ví
Sé qué tu pérdida fuera,
Y al cielo le pilo así:
Que no arda en amante hoguera
Su tierno pecho por mí.

Mas cuando mi dicha cara
Veo huir con fácil modo,
Mi alma, de pasión avara,
Exclama: ¡Oh Dios, si con todo
La que adoro me adorara!

XLVII

Cuando tendido en mi lecho
Entre tinieblas reposo,
Una imagen adorada
Flotar veo ante mis ojos.

Apenas los cierra el sueño
Con sus dedos misteriosos,
Cuando ante mí se levanta
Ese fantasma que adoro.

Y disiparla no pueden
Del alba los rayos de oro,
En mi corazón amante
La conservo el día todo.

XLVIII

Que afuera la blanca nieve
Se amontone en altas torres,
Que nieve, que el viento airado
Mis claros vidrios azote,
No me quejaré por eso,
Que en mi corazón se esconde
La imagen idolatrada
Del ángel de mis amores,
Y la alegre primavera
Con su aroma y sus acordes.

XLIX

No te dijo mi pálido semblante
Cuánto sufro, mi bien, por tu pasión;
Quieres que te haga, cual mendigo triste,
Mi boca la penosa confesión.

Es mi boca tan fiera y tan altiva,
Que besar o burlarse es su misión;
O un sarcasmo en mis labios vibraría,
O estallara deshecho el corazón.

L

Quería estar junto a ti
Y descansará tu lado,
Mas tú partir deseabas,
¡Y tenías que hacer tanto!

Yo te dije que era tuyo
Mi corazón abrasado,
Y tú te reíste loca
De mi cariño insensato.

Tú continuaste riendo,
Mi atroz despecho aumentando,
Y hasta el beso de partida
Me negó tu labio ingrato.

No creas que en mi tristeza
Voy a deshacerme el cráneo.
Todo eso, niña querida,
Ya otras veces me ha pasado.

LI

Resplandecientes zafiros
Tus queridos ojos son.
¡Tres veces feliz el hombre
A quien miren con amor!

Diamante que claras luces
Fulgura, es tu corazón.
¡Tres veces feliz el hombre
Por quien se abraza de amor!

Hermosos como ningunos
Rubíes, tus labios son.
¡Tres veces feliz el hombre
A quien declaren tu amor!

Si a tal hombre conociera
Y solo le hallara yo
En la selva, mucho tiempo
No durarían ¡por Dios!
Su alegría, su ventura
Y su dicha y su pasión.

LII

Con mi discurso amoroso
Quise sorprender dichoso
Tu pequeño corazón,
Y hoy veo en mis agonías
Que al fin mis galanterías
Muy graves para mí son.

Si como puedes, huyendo
Escapas de mí riendo,
Del infierno la maldad.
Me embargará, y la tristeza,
Y romperé mi cabeza
Una vez con seriedad.

LIII

Son el mundo y la existencia
Dos fragmentos descosidos;
Un sabio alemán yo busco
Que traduzca su sentido
Y un sistema razonable
Haga con ellos, solícito.
Con su bata prolongada
Y con su gorro de lino,
Tapará las hendiduras.
Del caprichoso edificio.

LIV

Es brillante la fiesta, ya de luces
Está llena la casa;
Yo contemplo una sombra que se mueve
Por detrás del cristal de la ventana.

Tú no me ves; envuelto entre la sombra
Bajo de tí estoy yo.
Y menos tus miradas llegar pueden
Al fondo de mi triste corazón.

Mi triste corazón sufre y se rompe,
Y late estremecido,
Y ardiente sangre mana, mas ¿qué importa?
Tú no lo ves, ¡bien mío!

LV

Yo quisiera, mi bien, en una frase
Fundir todas mis penas más amargas,
Y arrojarla a los vientos bulliciosos
Para que en raudos giros la arrastraran.

Y arrastraran a ti, dueño querido,
Aquella frase de dolor cargada,
Para que a todas horas tú la oyeras,
Para que en todas partes la escucharas.

Y hasta cuando el descanso con sus dedos
Tus claros ojos plácidos tocara,
Te persiguiera la palabra triste
Hasta en los dulces sueños de tu alma.

LVI

Tienes diamantes y perlas,
Cuanto adora la mujer;
Tienes los ojos más bellos.
¿Qué más deseas, mi bien?

Sobre tus hermosos ojos
Yo mil canciones rimé
Que ya nunca han de olvidarse.
¿Qué más deseas, mi bien?

Con tus ojos hechiceros
Mi alma llenaste de hiel;
Casi, casi me mataste.
¿Qué más deseas, mi bien?

LVII

El que ama por vez primera
Es un Dios, niña hechicera,
Aunque su fiel corazón
No encuentre en otra pasión
De su fiel pasión el precio;
Mas quien ama la segunda
Y halla tan sólo desprecio,
Al doblarse a la coyunda
Amante, es tan sólo un necio.

Yo a ser necio me acomodo,
Mas necio de cierto modo;
Yo gimo desventurado,
Y adoro sin ser amado.
El sol con su lumbre pura,
Y la luna Y las estrellas
Se ríen de mi locura.
Y yo me río con ellas
Espirando de amargura,

LVIII

Me dieron sanos consejos
Y previsores avisos;
«No hay más que tener paciencia»
Dijeron entristecidos,
Pues protegerme querían
Y abrimme paso y camino.

Mas con todos sus consejos
Y con todo su cariño,
De hambre aquellos tristes días
Pudiera haber sucumbido
Sin un gallardo mancebo,
Sin un silencioso amigo
Que valiente y generoso
A prestarme ayuda vino.

¡Gentil doncel! a él le debo
No haber por fin perecido.
¡Jamás, por mucho que viva,
Olvidaré sus servicios!
¡Lástima fue que abrazarle
No me fuera permitido!
Aquel protector valiente
Era tan solo yo mismo

LIX

Yo sueño: yo soy Dios; desde la altura
Envío la tormenta,
Y mis versos cantando, en torno mío
Los ángeles se sientan.

Cómo alegre pasteles confitados;
Mis fauces, nunca secas,
Con Málaga refresco, y ya no tengo
Ni una deuda siquiera.

Y me aburro con todo; deseara
Aun vivir en la tierra;
Allí, si no era Dios, darme al demonio
A mi sabor pudiera.

-Oye Gabriel arcángel venturoso,
El de las largas piernas,
Ponte en camino, y a mi digno amigo
Búscame por la tierra.

No, no le busques en las doctas aulas
Búscale en las tabernas;
Búscale entre galantes señoritas,
Y no en la oscura iglesia.-

Abre el Angel sus alas y desciende
Y solícito encuentra
A Bengel, a mi amigo más querido,
Que absorto me contempla.

-¡Sí, joven, yo soy Dios, y yo gobierno
A mi sabor la tierra;
Ya te tenía dicho muchas veces
Que haría al fin carrera.

Yo sé obrar milagros que de asombro
A los mortales llenan;
Por ti, dar a Berlín ventura y dicha
Hoy será mi tarea.

Quiero que de las calles de la villa
Se abran las duras piedras,
Y aparezca brillante en cada una
Una ostra clara y fresca.

De zumo de limón fresco rocío
Deseo que descienda,
Y que vino del Rhin, dorado y bello,
Las anchas fuentes viertan.

¡Cómo van a gozar los berlineses!
¡Ve cuál sus casas dejan!
¡Cómo quieren los áulicos jurados
Tragar la fuente entera!

¡Cómo pretenden del manjar divino
Disfrutar los poetas!
Lamerán los tenientes anhelantes
De la calle las piedras.

Que los bravos tenientes, de los hombres
La clase son más cuerda,
Y saben no se ve todos los días
Un milagro de tal naturaleza.

LX.

Me separé de vos en los hermosos
Días de julio, y regresé en enero.
¡Ay! si entonces calor, sentís hoy frío,
Y me mostráis la frialdad del hielo.

Voy a dejaros aun; no habrá a mi vuelta
Ni frío ni calor en vuestro pecho;
Yo hollaré vuestra tumba sin que lata
Mi corazón envejecido y seco.

LXI

Miradme ya arrancado de aquellos labios frescos;
Miradme ya arrancado de aquellos dulces brazos
Que tiernos me enlazaban con cariñoso ardor.
De buen grado sin duda mi marcha detuviera,
Mas ya con sus caballos se acerca el postillón.

La vida es esta, niña; ¡una continua queja,
Separación continua, inacabable adiós!
¿No pueden sujetarme tus ojos hechiceros,
Ni unirse nuestros pechos con más potente amor?

LXII

Toda la noche en coche, y por la sombra
Y solos caminamos:
Uno en brazos del otro, entre sonrisas,
Cerró sueño de dichas nuestros párpados.

Después, cuando brilló la casta aurora,
¡Cuán sorprendidos, niña, nos quedamos!
Amor, el ciego caminante, estaba
Entre los dos sentado.

LXIII

¡Dios tan solo sabe dónde
Vive la loca doncella!
Bajo la lluvia pesada,
Y en la boca la blasfemia,
Corro buscando su casa,
Corro la ciudad entera.

Hotel tras hotel recorro,
Y ejercito mi paciencia,
De los sirvientes imbéciles
Oyendo torpes respuestas.

De pronto, en una ventana
Miré el rostro de mi bella,
Que entre carcajadas locas
Me hacía burlonas señas.
¿Podía yo, por ventura,
Adivinar, niña bella,
Que este espléndido palacio
Habitaba mi hechicera?

LXIV

Las casas en dobles filas
Se alzan como tristes sueños;
En mi capa rebujado
Paso ante ellas en silencio.

La media noche en la iglesia
Suena con lúgubres ecos.
Es la hora en que me esperan
De mi adorada los besos.

La luna amiga ilumina
Mi senda con sus reflejos:
Ante el umbral de mi amada
Alegre rompo el silencio.

-¡Gracias, luna! ¡vieja amiga,
Que alumbraste mi sendero!
Toma pasaporte, alumbra
Al resto del universo.

Y si hallas un triste amante
Que suspira entre tormentos,
Consuélale, como dulce
Me consolaste otro tiempo. -

LXV

Cuando tú seas mi esposa
Envidia dará tu suerte;
Sólo dicha y diversiones,
Sólo alegría y placeres.

Gruñe: mi paciencia es grande;
Gruñe y vocifera y grita;
Pero ¡ay! alaba mis versos,
O te abandono en seguida.

LXVI

Sobre tu seno nevado
Mi frente triste se inclina,
Y el secreto saber puedo
Que tu corazón agita.

Los húsares sonar hacen
Su alegre trompetería,
Y hacen su entrada gallardos
Por la puerta de la villa.
¡Mañana va a abandonarme
La adorada de mi vida!

Mañana quieres dejarme;
Mas hoy, hoy eres aún mía,
Y ser dos veces dichosa
En tus brazos necesita
Hoy aún mi alma, que loca
Por tus amores suspira.

LXVII

Sonaban las trompetas,
Y los azules húsares corrían
Gozosos cabalgando hacia la puerta
De la ciudad dormida:
Yo llegaba, bien mío, y fresco ramo
De rosas pudorosas te traía.

¡Qué bullicio infernal y qué locura!
¡Cuál las crujientes armas relucían!
Mas ¡ay, de un militar alojamiento
En tu pequeño corazón había!

LXVIII

En verdad ¿tú me aborreces?
¿Tanto cambió tu pecho?
De lo mal que tú me tratas
Me quejaré al mundo entero.

Decidme, labios traidores:
¿Cómo hablar podéis tan fieros
Del que os besara un día
Con tan amoroso afecto?

LXIX

He aquí aún los ojos que no ha mucho
Cariñosos y amantes me miraban,
Los labios que llenaban de alegría
Mi vida solitaria.

También esta es la voz que complaciente
Y dulce en mis oídos resonaba.
Tan sólo yo no soy el que antes era;
Tan sólo el tiempo a mí me transformara.

Ceñido por sus brazos de alabastro,
Que enamorados con ardor me enlazan,
Sobre su corazón, entumecida
Siento aburrirse mi alma.

LXX

Raras veces, mis amigos,
Me pudisteis comprender,
Y yo mismo raras veces
A comprenderos llegué.

Tan sólo cuando en el fango
Nos hallamos a la vez,
Os comprendí yo sin pena,
Y a mí vosotros también.

LXXI

Quejáronse los castrados
Cuando yo elevé mi voz;
Quejáronse; era muy fuerte,
Muy grosera mi canción.

Oir dejaron entonces
Sus canciones con ardor,
Con sus notas cristalinas
Y con su aflautado són.
¡Qué tono tan dulce y puro!
¡Qué misterioso rumor!

Cantaban dulces amores,
Cantaban dicha y pasión,
Y derretidas en lágrimas
Las damas en derredor,
Desvanecidas sentían
El arte y la inspiración.

LXXII

Blandas brisas acarician
Las calles de Salamanca;
Allí las tardes de estío
Yo paseo con mi dama.

Ciñen mis brazos su talle,
Y siente mi mano osada
Los anhelantes latidos
De su seno que se inflama.

Pero un murmullo siniestra
Del tilo vibra en las ramas,
Y un molino tristemente,
Al rodar, penas presagia.

¿Sabéis, señora, qué dice
Ese rumor que me espanta?
Que ha de llegar triste día,
Día de duelo y de lágrimas,

En que un decreto académico
Venza mi libertad brava,
Y no cruzaré dichoso,
Paseando con mi amada
Gozoso y enamorado,
Las calles de Salamanca.

LXXIII

Cerca de mi casa vive
Don Enrique, a quien le llaman
El hermoso caballero,
El encanto de las damas.
Vecinos son nuestros cuartos,
Vecinas son nuestras cámaras,
Tan sólo débil tabique
Nuestras viviendas separa.

Cuando por las calles cruza,
Estrechas y solitarias,
Retorciendo sus bigotes,
Sonando espuelas doradas
Y seguido de sus rápidos
Y fieles perros de caza,
Sienten su pecho abrasado
Las damas de Salamanca.

Pero en las horas tranquilas
De la tarde, en su ventana
Él se sienta solitario,
En las manos la guitarra
Y en melancólicos sueños
La fantasía abismada.

La tañe con mano trémula
Mientras en sus sueños vaga:
¡De su bandurria los ecos
Dan náuseas a mi alma!

LXXIV

Apenas nos contemplamos,
Cuando en tus tiernas miradas
Y en tu voz noté, bien mío,
Que a mi amor no eras ingrata.
Si es que tu maldita madre
No hubiera estado en la estancia,
Creo que en aquel momento,
Ardiendo en amante llama,
A mi cuerpo enamorado
Tus bellos brazos enlazas.

Y con todo, de la villa
Yo me ausentaré mañana
Para emprender mi carrera,
Mi carrera solitaria.
La hermosa rubia, anhelante
Me esperará a la ventana,
Y al partir, dulces saludos
Le prodigaré mi alma.

LXXV

Ya la cima de los montes
El sol baña con sus rayos,
Y ya resonar se escucha
La esquila de los ganados.
¡Oh mi bien! ¡mi corderilla!
¡Mi sol, mi amor y mi encanto!
¡Cuánto por mirar daría
Otra vez tus ojos claros!

Yo, con atención inquieta,
Los tristes ojos levanto:
¡Adiós, niña de mi vida.
Ya de este país me marcho.
¡Vana esperanza! no veo
En las rejas de tu cuarto
Blanca cortina correrse
Sobre los cristales claros.
Ella aun reposa, le presta
El sueño dulce descanso;
Probablemente sonrío
Con mis amores soñando

LXXVI

En Halle y en la plaza del mercado
Dos leones enormes se levantan:
¡Ay leones de Halle! ¡cuál rindieron
Vuestras fauces feroces las mordazas!

En Halle y en la plaza del mercado
Un enorme gigante se alza fiero;
Espada tiene, sí, mas no la esgrime;
Petrificó el pavor sus fuertes miembros.

En Halle y en la plaza del mercado
Alza sus altas torres una iglesia;
La *Burschenschaft*¹ y *Landmanschaft*² a un tiempo
Lugar allí para rezar encuentran.

¹ Antigua Sociedad escolar alemana

² Sociedad de paisanos alemanes.

LXXVII

El crepúsculo sombrío
De las tardes del estío
Cubre la verde pradera,
Cubre la floresta entera,
Y la luna, astro de plata,
Su luz presta y sus fulgores
Al éter que se dilata
Perfumado por las flores.

En el borde canta el grillo
Del riachuelo sencillo;
Algo en el agua se mueve,
Y un rumor confuso y leve,
Como el suspiro arrancado
Por sus amores al alma
El viajero fatigado
Oye en la nocturna calma.

Solitaria y silenciosa
Bajo la enramada umbrosa
Se baña la hermosa ninfa;
Sus brazos cortan la linfa
De las aguas sosegadas
De la desierta laguna,
Y sus espaldas nevadas
Fulguran ante la luna.

LXXVIII

Sobre las oscuras sendas
Tiende la noche su manto;
Mi corazón está enfermo
Y mis miembros fatigados.
¡Ay! al menos, dulce luna,
Desde el infinito espacio,
Cual bendición silenciosa
Viertes sobre mí tus rayos.

¡Luna! el horror de la noche
Disipan tus fuegos claros,
Siento mis amargas penas
Ausentarse de mi lado,
Y cubrirse de rocío
Mis mejillas y mis párpados.

LXXIX

La muerte es la noche helada,
Día abrumador la vida;
Ya amanece y tengo sueño;
Estoy cansado del día.

Sobre mi lecho, en un árbol,
Nuevo ruiseñor gorjea;
Canta el amor, y hasta en sueños
Entiendo yo sus querellas.

LXXX

¿Dónde está, di, aquella hermosa
Que tu dulce voz cantaba
Palpitante y armoniosa,
Cuando en llama misteriosa
Tu corazón se abrasaba?

Ya la llama está extinguida;
Sólo en mi pecho hay dolor,
Y este libro a quien di vida,
Urna es que guarda escondida
La ceniza de mi amor.